

fos de profesión, sino en el sentido de su arte, en la dirección de su historia, en los símbolos y fórmulas jurídicas, en la sabiduría tradicional de sus proverbios, en el concepto de la vida que se desprende de las espontáneas manifestaciones del alma popular». ⁸¹

Aunque aquí Menéndez Pelayo habla de la historia del pensamiento filosófico, es evidente que el párrafo es aplicable a toda posible historia, y aun a la historia en general, pues no en balde considera a ésta como vía de acceso al conocimiento filosófico. Así parece que hay que interpretar párrafos como el siguiente: «No hay cosa más rara en el mundo que este género de comprensión, el cual en cierto altísimo grado viene a constituir una verdadera filosofía, un cierto modo de pensar histórico que los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que, a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuanto más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir, de las rotas entrañas de la historia, el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se camina a ella, y en todas partes se la encuentra al fin de la jornada». ⁸²

Es imposible leer todo lo anterior sin ver en ello un antecedente de la misma postura de Laín, cuando éste hace de la historia propedéutica para todo conocimiento sistemático, y al saber histórico condición y exigencia del mismo saber filosófico. Cuando Laín nos hace ver en la misma exposición del pensamiento de don Marcelino las concomitancias de éste con el de Dilthey y el de Ortega y Gasset, no parece sino estar recabando autoridades para una concepción de la que él mismo participa. Así lo entendemos cuando escribe: «Esa “luz de la verdad” a que alude Dilthey es, sin duda, la misma que Menéndez Pelayo prefiere llamar “radiante sol de la metafísica”. Nuestro historiador expresa con mente realista y católica —en incipiente esbozo, desde luego— el mismo pensamiento que Dilthey trató de elaborar a través de sus geniales intuiciones y conceptos sin haber logrado evadirse de un radical idealismo». ⁸³ Y lo mismo cuando refiriéndose a Ortega afirma: «El acontecer histórico se convierte así en el tema fundamental de una nueva e incipiente *prima philosophia*. El atisbo del historiador Menéndez Pelayo, visto desde la actual situación de nuestro pensamiento, es la primera toma de posición de un pensador deliberadamente católico en este magno esfuerzo por construir de veras una “ciencia de la Historia”, la *scienza nuova* del tiempo presente». ⁸⁴ En cualquier caso, Laín también estará de acuerdo en que «la historia es, en suma, un ineludible camino hacia la verdad filosófica», ⁸⁵ máxime cuando ha encontrado aquí un paladín de esa «voluntad de catolicismo» que a él también le embarga. En el esfuerzo por reali-

⁸¹ Ibid., pp. 378-379.

⁸² Ibid., pp. 113-114.

⁸³ Menéndez Pelayo, p. 180.

⁸⁴ Ibid., p. 182.

⁸⁵ Ibid., p. 181.

zar su mayor anhelo —integrar catolicismo y modernidad—, Laín ha encontrado un precursor impagable donde convergen en unidad los mismos ideales que a él le mueven: ser, a la vez, español, católico, historiador, moderno y eficaz. En cierto modo, ya el propio Laín lo había anticipado en el prólogo al libro cuando dice: «Mi pesquisa está deliberadamente circunscrita a tres temas: la posición íntima de don Marcelino ante los problemas que le fue deparando su triple y esencial calidad de intelectual católico, español e historiador».⁸⁶ Por eso, no creemos habernos equivocado cuando al comienzo del apartado que ahora concluimos hablábamos de la figura paradigmática y «ejemplar» de Menéndez Pelayo.⁸⁷

7. El «problema de España»

Al escribir el epígrafe con que encabezó este apartado estaba pensando en dar razón, bajo el mismo, del contenido que agrupa el conjunto de escritos que Laín publicó con el título de *España como problema* (1956). Sin embargo, al mismo tiempo que lo pensaba, me dí cuenta de que en realidad toda la obra del pensador e historiador Pedro Laín Entralgo podría englobarse bajo semejante denominación. El joven Laín se encontraba en el invierno de 1936 a 1937, inmerso en plena guerra civil, en una situación azorante, de la que él mismo nos da cuenta: «Mi existencia de español, tan conmovida a la sazón, pedía con urgencia una visión de nuestra cultura pulcramente atendida a la realidad, fiel a lo mejor y más esencial de nuestra historia y capaz de superar la mutua pugna de las parciales y contrapuestas interpretaciones que la derecha y la izquierda venían ofreciéndonos. Creía yo —y sigo creyendo— que el logro de ese empeño era condición necesaria para la cabal fecundidad histórica de aquel inmenso sacrificio personal y colectivo».⁸⁸ He aquí, resumido en breve síntesis, el motor que ha inspirado y sigue inspirando el empeño intelectual lainiano: desde sus primeras reflexiones sobre las generaciones históricas hasta las últimas sobre la antropología médica, pasando por sus estudios históricos, sus meditaciones antropológicas sobre la esperanza, su teoría sobre la realidad del «otro» y su preocupación por el sentido y el cultivo de la «ciencia» en España.

Con esta idea bien clara en la cabeza, acometemos ahora un breve estudio sobre sus reflexiones acerca de España y lo español como problema histórico y metodológico. No exageramos al escribir lo anterior. Las páginas de Laín sobre el tema son —como él dice— «la historia escrita de una pasión española, un fragmento de esa pasión»,⁸⁹ pero tam-

⁸⁶ Ibid., p. 11.

⁸⁷ No debe interpretarse erróneamente lo dicho en este largo apartado, si alguien juzgase que Laín es un mero «seguidor» de Menéndez Pelayo, y mucho menos del Menéndez Pelayo que nos presentó el «nacional-catolicismo» de la posguerra española; como muestra puede verse el prólogo de Angel Herrera Oria a la Antología general de Menéndez Pelayo (BAC, Madrid 1956), donde el ilustre cardenal remacha la interpretación tópica del «martillo de herejes». Laín, por el contrario, realiza un intento de «salvación» —en el sentido orteguiano de la palabra— del gran erudito santanderino, rescatándolo del menendezpelayismo oficial. «Como Américo Castro ha salvado a Cervantes de los cervantistas —me cuenta Laín que le dijo Melchor Fernández Almagro al aparecer su libro—, has salvado tú a Menéndez Pelayo de los menendezpelayistas.»

⁸⁸ España como problema, ed. cit., pp. XI-XII.

⁸⁹ Ibid., p. XV.

bién el testimonio de una generación, a la que alude sin ambages: «Estas páginas —escribe— pretenden señalar como mi generación comprende el problema de la cultura española». Es cierto que con los años va a restringir mucho el alcance colectivo de tal afirmación, pero —con todas las dudas que se quiera— no deja de escribir: «Me aventaría, a lo sumo y bien resguardado en salvedades y cautelas, a emplear un *nosotros* relativo al *grupo* —extenso, tal vez— de las personas cuyo sentir histórico conozco y comparto». Y aún añade: «Sé con nombres y apellidos quiénes constituyen el grupo de los hombres con que mi caminante soledad se siente bien acompañada, y sólo a ellos recurriría para dar a este endeble monólogo cierto vigor colectivo».⁹⁰

España como problema había tenido una primera edición incompleta en 1948; se entendió mal la tesis expuesta y Rafael Calvo Serer quiso replicarle con un *España sin problema* (1949), lo que dio pábulo a que se hablase de una «polémica» entre ambos. Laín ha negado este extremo,⁹¹ pero la verdad es que en el prólogo a la segunda edición del libro en 1955 sale al paso de algunas afirmaciones que estaban en la base del libro de Calvo. Rehusa el hecho de que algunos —«gentes más dadas al gatuperio que a la lectura»— lo hayan interpretado como exposición de una tesis larvada: «la visión de España como una realidad necesaria y constitutivamente problemática» y, por tanto, insoluble, que no permitiría más opción que el pesimismo o la desesperación a quien estuviese preocupado por el destino histórico de su país.

Ante esa posible tergiversación, se ve obligado a declarar una serie de asertos:

— que su libro es una historia de las más importantes actitudes intelectuales ante la cultura española; y que esa cultura se ha presentado como un problema para la mayoría de sus protagonistas e intérpretes. «Pretender negar tan honda verdad —dice Laín— mediante la adución de unos pocos textos de Balmes, Menéndez Pelayo o Maeztu —esto es, desconocer por torpeza o por táctica la personal integridad del pensar y el sentir de todos ellos— es señal de que al *gaudium de veritate* se ha preferido el *lucrum de falsitate*»⁹²

— que la consistencia real de ese reiterado problema de nuestra cultura no ha conseguido resolver de modo armonioso y continuo las varias antinomías operantes en él: armonía entre exigencia de tradición y afán de actualidad; entre voluntad de eficacia concreta y entrega al utopismo histórico; entre el anhelo de una misión universal y la avidez por el provecho cotidiano; entre el apego a la vida y la propensión a quemarla; entre la *sed de absoluto* y el *todo es relativo*...

— que la cultura española ha sido más problemática para nosotros que la cultura

⁹⁰ Ibid., p. XVI. Entre esos nombres y apellidos concretos a que alude Laín no es difícil identificar a Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Rosales..., constitutivos todos ellos de lo que luego llamará Laín «gheto al revés» (Descargo de conciencia, pp. 275 y ss.).

⁹¹ Sobre la cuestión escribe Laín: «Algunos han hablado luego de una polémica entre Calvo Serer y yo, en torno a la cuestión que ambos títulos plantean. Nada más lejos de la verdad. Siempre consideré una necesidad el tema y el contenido del opúsculo de Calvo, opinión que por estas calendas tal vez comparta su propia autor, y jamás me he pronunciado en público acerca de él» (Descargo de conciencia, p. 357).

⁹² España como problema, p. XVIII.